

III

Augusto Cottin, elegantemente vestido, subió á su cupé y se dirigió á casa de Mr. Restaud.

El día estaba hermoso; un viento embalsamado agitaba los grandes árboles del parque y traía en sus alas los penetrantes perfumes de la primavera; ya había florecitas amarillas y azules entre la yerba, como las primeras galas de la bella estación: los pájaros entonaban un himno alegre, y las fuentes dejaban caer sus cristales con dulce y cadencioso rumor: el cupé de Augusto atravesó el parque y se detuvo á la puerta de la casa habitada por Mr. Restaud y su familia.

Se hizo anunciar, y se le introdujo en un salón que ya conocemos, por haberle visto á través de la ventana abierta.

Apenas se había sentado, oyó una voz pura, y cuyo timbre infantil era encantador y lleno de melodía, que recitaba admirablemente unos versos de Racine.

Mr. Cottin, que era muy instruído, y que poseía además una elevada inteligencia, escuchó encantado: la delicada voz parecía á su oído una música celeste: tal era la expresión que daba á los

versos, el admirable colorido que les imprimía la sensibilidad con que los recitaba.

Al terminar una estrofa, Augusto sintió llenarse sus ojos de lágrimas; y fué tal su entusiasmo, que exclamó:

—¡Bien! ¡admirable!

Una cortina de seda se levantó, y una mujer encantadora se asomó al umbral, dejando ver en su rostro la doble expresión de la gratitud y del asombro.

Era Mme. Restaud.

—Perdón, señora, dijo Augusto, levantándose é inclinándose profundamente; al oír esos versos tan admirablemente recitados, no he podido contener mi admiración.

—Vos hacéis demasiado favor á mi pobre Sofía, caballero, repuso Mme. Restaud: tiene una gran sensibilidad y nada más: y ahora ¿podré saber á quién tengo el honor de hablar?

—Me llamo Augusto Cottin, señora, repuso el banquero, y vengo de París para tratar con Mr. Restaud de un negocio comercial.

Palideció densamente Adela y se apoyó en el marco de la puerta; pero recobrándose casi al instante, dijo:

—¿Han avisado ya á mi marido?

—Creo que sí, señora.

Mme. Restaud guardó un triste silencio.

Conociase que estaba dotada de gran talento y que tenía mucha costumbre de mundo, pero que

alguna gran tristeza la abrumaba; el joven banquero tenía demasiada perspicacia para no comprenderlo así.

—¿No podré yo conocer á esa amable niña, de quien tenéis la dicha de ser madre? preguntó, deseando dar el giro más agradable posible á las ideas de Mme. Restaud.

—Ha bajado al jardín, caballero, respondió Adela, cuya triste preocupación no podía disiparse.

—¿Y he de irme sin verla? Después que termine con Mr. Restaud, ¿no podría saludarla?

—Bajarémos al jardín, si lo deseáis; no puedo ni quiero rehusar el honor que hacéis á mi Sofía.

—El señor espera á Mr. Augusto Cottin, dijo un criado vestido de negro.

—Hasta luego, señora, dijo el banquero, inclinándose graciosamente; no os perdono la promesa de hacerme conocer á Sofía.

Salió dicho esto. Adela se puso de rodillas, unió las manos, alzó al cielo sus ojos llenos de lágrimas, y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Virgen Santísima! ¡tened piedad de nosotros!

Dejó caer el semblante entre las manos y permaneció llorando y sin dejar la humilde postura en que pedía el amparo del que es el padre de todos.

Entretanto Augusto había llegado al cuarto de Mr. Restaud: éste se hallaba de pie en la puerta

y le esperaba: estaba pálido como un cadáver; sus labios temblaban de un modo convulsivo; se inclinó delante de Augusto y le hizo pasar á su despacho.

—Ved aquí, caballero, le dijo el banquero, así que se hubo sentado, una letra de la casa Tompshon, de Londres, que vence dentro de dos días: no hubiera venido sólo por esto; pero tengo también otras contra vos, endosadas por el banquero israelita Monck, de Amsterdam, y en vísperas de hacer un gran negocio fabril uno de mis tíos, negocio del que depende toda su fortuna, quisiera adelantarle algunos fondos, y he venido á ver si puedo realizar todas estas sumas; decídmelo con franqueza; y si os sirve de mucha molestia tan crecido desembolso, yo os daré el plazo mayor posible.

—Caballero, repuso Mr. Restaud con una voz tan alterada á pesar de sus esfuerzos, que no hallaba salida á través de sus labios convulsos; puedo pagar en el acto el crédito de la casa Tompshon, de Londres: los de Amsterdam, lo confieso... me es imposible.

Augusto Cottin dirigió al negociante una mirada profunda: después la fijó sobre una mesa inmediata, y el terror se pintó en su semblante; bajo una gran cantidad de papeles colocados allí de propósito, se veía oscura y amenazadora una caja de pistolas.

—Amigo mío, repuso con dulzura, ni esos cré-

ditos de Londres, ni los de la casa Monck, son para mí de absoluta necesidad hoy... ni mañana... el comercio tiene sus contratiempos: pensad en vuestra esposa y en vuestra hija... y tomad el tiempo que gustéis.

Mr. Restaud se inclinó fríamente.

—Veamos la letra, caballero, dijo abriendo un gran mueble de hierro destinado evidentemente á guardar valores; y echando un mirada de fría desesperación sobre la letra, leyó:

—¡400.000 francos...! está bien.

Abrió un resorte oculto en el fondo del mueble, y empezó á sacar billetes de Banco con una calma terrible: los fué sacando todos: sólo uno quedó en el fondo del cajón.

—Caballero, dijo Augusto con voz alterada; esta letra es á dos días, y no á la vista... no quiero cobrarla ahora: no quiero llevar tanto dinero sobre mí... volveré pasado mañana... haced el favor de guardar esos valores.

—¿Qué más da ahora que dentro de dos días? dijo Mr. Restaud con amargura y con un acento que significaba:

—¿Qué más da que me vea arruinado hoy ó pasado mañana?

—Ya os lo he dicho, caballero: no quiero llevar ahora sobre mí tanto dinero... yo volveré pasado mañana.

—Aquí quedan los fondos á vuestra disposición, dijo el negociante, colocando los billetes en una

carpeta... En cuanto á los créditos de la casa Monck... concededme un plazo: he tenido dos negocios desgraciados, y....

—Fijad vos el plazo que gustéis.

—¿Os parece mucho dos meses?

—Un año os doy.

—¡Gracias! exclamó Mr. Restaud con efusión; ¡gracias por mi esposa y por mi hija! ¡á esa época, ellas podrán satisfaceros!

—Yo espero poder recibir esos valores de vuestra mano, dijo Augusto.

—Aunque yo hubiese muerto, siempre quedaría bastante activo en caja para que pudieran pagaros á esa época.

—Basta de dinero, dijo Augusto; permitidme que vaya á recordar á Mme. Restaud una promesa que me tiene hecha, y venid también á reclamar su cumplimiento.

—¿Una promesa? preguntó maquinalmente el negociante, que se hallaba muy dolorosamente preocupado para fijar la atención en lo que le decía Mr. Cottin.

—La promesa de presentarme á vuestra hija, respondió Augusto.

—¡Ah! ¡se trata de mi hija! exclamó Mr. Restaud, cuyo semblante se iluminó con una bella sonrisa; ¿y por que deseáis conocerla, mi querido amigo?

—La he oído recitar unos versos de Racine, y me ha encantado.

—¡Oh! ¡lo creo, lo creo! ¡y no solamente recita versos de una manera admirable, sino que los escribe!

—¿Los escribe?

—Tan admirablemente como los recita. Pero vamos á verla, y vos mismo os convenceréis.

Y Mr. Restaud, que había dado á sus ideas un giro más halagüeño, tomó el brazo del joven banquero y se dejó llevar por éste al jardín.